

EL DESCUBRIMIENTO

VICENTE RODRÍGUEZ LÁZARO

Fue tras aquella dura enfermedad, cumplidos los diez años, cuando la vida comenzó a mimarme hasta hoy. Nada de lo conseguido me ha resultado fácil; pero siempre acabo triunfando en todo lo que me propongo. A partir de esa edad precisamente, comencé a experimentar las dos vocaciones que he desarrollado con amplitud en mi existencia: la enseñanza y la escritura. A través de ellas he saboreado manjares vetados a la mayoría de los mortales. Me emparejé además con una mujer hermosa y buena que me ha convertido en un hombre realizado y feliz. Las personas que me rodean son amables conmigo, yo también con ellas.

Siempre me he preguntado la razón de esta dicha, del porqué de tanto regalo cuando a mi alrededor abundan los contratiempos y desgracias sin rozarme siquiera, como si fuera un elegido, sólo destinado a la complacencia y a los triunfos.

Hasta esta fatídica mañana no he conocido la causa, jugando con el ordenador, investigando en una de las numerosas webs me he dado de bruces con una inesperada realidad. Mis pensamientos, todo en mí ha dado un giro brusco desde ese instante. Un impulso irreprimible me ha llevado a salir de la casa, a iniciar un paseo cuyo destino final desconozco y que espero me lleve hasta el desenlace de este misterio.

He recorrido la avenida principal y me he sentado durante unos minutos en un banco situado en el lugar más fresco, a la sombra de un aliso. He acariciado las plantas

y he apreciado la textura suave de las hojas, el frescor de la fuente cercana, todo lo que en verano puede experimentar un hombre vivo y sano como yo... ¿como yo?

He continuado mi camino hacia la antigua calle comercial, repleta de turistas y de emigrantes que aprovechaban estos meses estivales para retomar sus raíces durante unos días. Me resultaba curioso y extraño que a lo largo del recorrido no hubiese encontrado a algún amigo o conocido, ni que esta mañana, al despertar estuviesen ausentes mi esposa y mis tres hijos sin explicación alguna. Me he acercado al kiosco de la prensa donde acostumbro a comprar el periódico y a charlar un rato con mi amigo Fidel, su dueño. Estaba cerrado, parecía por su aspecto llevar así mucho tiempo. Raspé algunas pegatinas llenas de mugre, aquello llevaba abandonado ya demasiados años, sin fundamento para mí, aunque a estas alturas del suceso empezaba a explicarme más de una de las visiones que se me presentaban.

Continué el recorrido de manera mecánica, mis piernas parecían obedecer a otra voluntad diferente a la mía, lo hacían de forma acompasada, precisa y cadenciosa, sin prisa alguna por llegar a su término. Recorrí las calles de mi infancia, repleta de ilusiones junto a una madre cariñosa, a un padre distante y fronterizo, a una abuela autoritaria y frustrada; pero bastante positiva, la niñez, en su balance general.

Me desvié para contemplar la fachada de la casa donde nací, frente al portal gótico de una imponente iglesia-fortaleza para seguir después ese caminar incierto hacia lo inevitable. Unos minutos ante mis orígenes bastaron para corroborar la realidad que me rodeaba, por ello decidí continuar, descender por las calles colindantes y aparecer en la avenida entrañable y modesta que me llevaba hasta la humilde parroquia donde me casé. Allí se encontraba aún, remozada y austera, silenciosa y cerrada en la mañana. La dejé a un lado, ascendí la cuesta transformada en discreto bulevar que llevaba hasta el cementerio, a cuyas puertas me llevaron mis pies. En él se hallaban mis padres desde hacía varios años, cinco y seis en concreto, respectivamente, descansando en un panteón que la prepotencia de mi nefasta abuela había erigido de manera ampulosa. ¿De qué había servido que el pequeño capital de su marido lo hubiera empleado en un estúpido, e innecesario para mi gusto, culto a la muerte, en lugar de haberlo dedicado a favorecer su vida y la de sus descendientes, que habría resultado más práctico y humano que el hecho de adorar unas carnes en putrefacción y unos huesos sin valor fuera de su contexto?

No lo hizo así, prefirió esta dirección a la otra, y yo lo respeto, aunque no comparta, su elección. Ella, en aquel momento pensó o creyó que era la más acertada y actuó en consecuencia, a pesar de que mi mentalidad no coincidiera con la suya.

En definitiva, entré en el oscuro, silencioso, frío y opresivo escenario de la muerte. Había tres espacios ocupados: el de mi madre, el de mi padre, el de un niño muerto a los diez años, que yo identifiqué como propio, y el de mi hermano, vacío, él habitaba, y espero que por mucho tiempo, el mundo de los vivos y se encontraba fuera del alcance de esta situación límite que a mí me envolvía. Me acerqué al lugar del infante, en la lápida pude leer mi nombre, en realidad no había sobrevivido a la enfermedad; lo des-

cubrí dos horas antes, al consultar el Registro Civil, comprobar mi fecha de nacimiento y encontrar atónito la de mi defunción. ¿Cómo era posible que hubiese vivido unos años inexistentes, con una esposa inexistente y unos hijos no nacidos? ¿Hasta qué punto mi espíritu y los de mis padres habían podido construir una existencia absolutamente artificial movidos por el deseo de seguir adelante? No podía comprenderlo e intuía que debería dar el paso definitivo para asimilar una alucinación tan compleja.

Separé sin esfuerzo la losa de piedra que correspondía a mi tumba, abrí el ataúd, el esqueleto de un niño, con las ropas raídas por los cuarenta y dos años de enterramiento, ocupaba su espacio. Me introduje y me sentí acoplado de inmediato a aquellos restos que eran los míos. Sentí una paz inmensa, se acercó la que había sido mi mujer, me besó en los labios fantasmales, sonrió con la placidez que ella acostumbraba y cerró la tapadera. ¿Era posible que el Hada de las Sombras, la mismísima muerte, hubiese actuado, convivido, amado, durante ese período con mi ser más profundo? ¿Por qué lo había hecho? Ahora cerraré los ojos, descansaré y, en su momento, descifraré todos los enigmas que se me han planteado. No hay prisas. Se trata de una mezcla de fe, de paciencia, de confianza en seguir, de ser consciente de mi trascendencia real. Ahora sólo quiero detener mi ritmo... y esperar con serenidad el despertar de este gran sueño.